

Argentina: nunca más un 24 de marzo

por Leonel URBANO

Cuando el 24 de marzo de 1976 las Fuerzas Armadas de Argentina asaltaron el poder lo hicieron reafirmando el carácter de verdadero **Partido Militar** como única institución capaz de enfrentar dos problemas básicos: la **ingobernabilidad** del país ante el poderoso auge de masas del período 69-75 con el consiguiente desarrollo de organizaciones políticas, sindicales y militares revolucionarias y la **crisis económica estructural**, expresada en la tendencia a la parálisis de las fuerzas productivas y la imposibilidad creciente de acumulación del capital.

NO fue un golpe más en la larga serie de cuartelazos sucedidos desde 1930. En lo anterior, fue la superación del proyecto del golpe de 1966, detenido por las movilizaciones del 69 al 73 que tuvieron su expresión comicial en el pronunciamiento electoral de marzo de ese año. Proyecto que rapareció en la **masacre de Ezeiza** (junio 73), el desplazamiento de Cámpora (julio 73), el apoderamiento parcial del aparato estatal por la camarilla fascistoide Isabel-López Rega y el surgimiento de la **Triple A** (74) y el "shock" económico (junio 75; inflación 700%).

En lo externo, fue un eslabón más en la respuesta contrainsurgente planeada desde Washington y puesta en marcha desde el golpe de Brasil, de

1964, frente al auge democrático y revolucionario estimulado a partir de la Revolución Cubana en 1959.

Ante la crisis irreversible de las instituciones tradicionales (partidos populistas y liberales con arraigo popular, sindicalismo **quasi** estatizado, parlamentarismo) y de la economía, la oligarquía disponía de una sola salida: el poder militar absoluto y la imposición desde allí de una solución radical, es **terrorismo de Estado** como forma de gobierno.

Así se consumó lo que un lúcido previsor de ese país anticipó: "el abrazo de la vieja Argentina que se hunde".

Mientras la oligarquía traspasaba en 5 años unos **55 mil millones de dólares** de los ingresos de 7 millones de asalariados a sus selectas cuentas bancarias, los militares se mataron a unos 7 u 8 mil "desaparecidos" (admitidos pero nunca identificados) y se **desaparecieron** unos 30 mil ciudadanos en un país de 25 millones de habitantes.

"Nunca más un 11 de septiembre" se había dicho cuando Pinochet dio su zarpazo sangriento sobre Chile. Sin embargo, los generales, brigadieres y almirantes "con las órdenes escritas de sus Estados Mayores" —según lo reconociera un alto jefe castrense argentino— pudieron hacer su "guerra sucia".

Pasaron más de 3 años, para que algunos sectores de la opinión inter-

nacional reaccionaran y se produjera, por ejemplo, el voluminoso informe de la CIDH. O para que tiempo más tarde se elevara a Premio Nobel de la Paz a un pacifista y creyente, ex preso político, rutinariamente torturado.

Ya no son sólo los millones de trabajadores industriales —únicos que en el continente le hicieron un **paro nacional** (abril 79) a una dictadura semejante— los empleados, peones, etc. los que alzan su voz. Ahora, medianos y grandes propietarios agrarios e industriales ven que la panacea de la "paz social" prometida por los militares, les trae aparejada la ruina con los planes de los **Chicago-boys** y los socios de Rockefeller.

La diplomacia militar de Buenos Aires logró eludir en la OEA una condena como se desprende del trágico informe de la CIDH, con los mismos chantajes y sutilezas con que intentan lo mismo en la ONU y mantiene un sitio ignominioso en el Movimiento No Alineado, mientras ofrece sin desparpajo **seguir exportando el terrorismo de Estado**, ahora a El Salvador, en un descarado **alineamiento** con el dúo Reagan-Haig.

¿Hasta cuándo la democracia de Nuestra América y el mundo seguirá soportando esto, sin verse ella misma en peligro?

Por lo pronto —como lo delcararan a **El Día** en septiembre pasado— ahí están paradas esperando las **Madres de la Plaza de Mayo**.